

Los irresponsables

John Jairo Martínez Arango*

Son las cinco de la mañana, se levanta con dificultad, vacila entre si se baña o no se baña. Pasan 10 minutos hasta que decide hacerlo. Su padre, el que le paga la mitad de su costosa carrera, su madre, la que le paga la otra mitad de su costosa carrera, su empleada, la que no tiene con qué pagar una costosa carrera a sus hijos, o hasta en ocasiones él mismo, hacen su desayuno. Llega a la universidad luego de haber pasado la mirada por unas letras de algún texto de papel blanco arrugado en el bus que lo lleva a su destino, esto es leer para la clase. Son dos horas de clase. Dos horas en las cuales la mitad habla con el de al lado, no sobre temas de la clase sino sobre otros asuntos que de seguro son muy importantes como para estarlo haciendo en un espacio tan valioso y costoso como lo son las horas de clase. No participa y cuando lo intenta hacer no sabe si ya han dicho lo que piensa, si está resuelta su inquietud en la parte que no terminó de leer, por tanto no habla para que no se note su falta de atención y falta de lectura. Ya pasó una hora y cuarenta

y cinco minutos, se terminó la sesión, no tiene afán, se fuma un cigarrillo, algo más. Habla con quien quiere hacerlo sin ningún afán, y así su día se pasa en una completa “des-pre-ocupación”. O si la “pre-ocupación” llega por algún trabajo pendiente la despeja rápidamente con alguna excusa, así salta del pre, sin tocar a la ocupación, a los post. En ocasiones se sienta a estudiar el texto dejado, pero luego de 20 páginas decide no continuar. En esto se demora por mucho dos horas, mientras lee y hace la reseña descriptiva, mas no la crítica, solo haría una de este tipo si se lo exigieran, es un estudiante que hace solo lo que le exigen, pareciera no ser estudiante. Llega la noche y se sienta a ver una que otra novela, cierra las cortinas de la sala. Tal vez la cierra sin conciencia porque al mentir a los demás que no ve novelas, en ese acto proyecta su miedo a que lo descubran. Se duerme tarde, en Facebook hay mucho que ver.

Son las cinco de la mañana, se levanta con dificultad, vacila entre si se baña o no. Decide hacerlo. Su madre, su padre o en ocasiones ella misma se hacen el desayuno antes de ir a trabajar. Alista con ayuda de alguien su almuerzo. Si no lo hiciera serían 150 mil al mes o

* Estudiante de séptimo semestre de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Externado de Colombia. Correo-e: [Inns8@hotmail.com].

más los que tendría que pagar para almorzar en los lugares cerca del trabajo. Ganando un poco más de un mínimo es lo más inteligente que puede hacer alguien que le toca ahorrar dinero para poder estudiar, tanto para la mitad o el 25% que no cubre la deuda en que está encadenada, la encadenaron 10 años de su vida. En realidad no son ocho o nueve horas las que consume en el trabajo, son más, porque transportarse para ir a este lugar no es tiempo imaginario. Llegan las seis de la tarde y ya está en la universidad. Cuatro horas transcurren en las cuales su participación, si bien existe, en sí es poca. Una de las razones es la falta de lectura porque a las dos de la mañana o a la una o a las doce el cerebro no permite la atención, por el cansancio, para comprender a cabalidad lo que se condensa en el texto. Termina de estudiar y sale de camino a casa. Luchando para no quedarse dormida en el bus donde jóvenes como ella utilizan ese espacio tan incómodo para hacer sus deberes.

La cotidianidad de estas dos vidas, que parecen no tener comunicación más que por el espacio de una universidad, tiene puntos en común que la comunican, tiene hilos conductores que llevan de un lado a otro. Uno de estos hilos conductores se debe a que la carencia de los segundos es la abundancia de los primeros. El tiempo que gasta en el trabajo, en donde son explotados sirve para acumular el capital que le permite al “dueño”, dueño por la desposesión

del trabajo de los otros, poder pagarle a su hijo las horas de clase en los que se la pasa rompiendo globos producto del aire que sale de su boca junto con la saliva. Sin embargo, no se puede pensar que todos los casos sean así. Hay casos peores, en los que los hijos del primer orden son hijos de padres explotados, quienes además de estar en esta situación deben soportar tener un hijo que disfruta de su explotación.

Si bien son diferentes los casos se puede pensar que en estos dos lo común es que los primeros pueden tener esa relajada vida a costa de la explotación de los otros. Tampoco se trata de volver esto una fórmula universal. Hay otros a los que el Estado pagó por su educación, mejor dicho, no el Estado, sino la gente con sus impuestos, que si bien no se la roban por la corrupción se la roban los estudiantes irresponsables. Irresponsables no solamente por no responder con lo que la universidad les exige, irresponsables porque no responden con lo que la sociedad les exige, con el 70% de jóvenes que salen del bachillerado queriendo estudiar en la universidad, pero no pueden. Estos les exigen que le devuelva algo de lo que aprenden. Pero ese algo no lo tienen, nunca se ha sentado en clase con actitud de ir más allá de calentar el puesto. Nunca han ido con la idea de aprender para luego devolver eso que aprendió a los que les permitieron aprenderlo, los verdaderos. El proceso se corta en la

mitad. Se condensa en un sitio o se despilfarra, se pierde.

Pero el comportamiento de los primeros nos podría llevar a pensar que si bien son irresponsables en un sentido son muy responsables en otro. Ese otro sentido al que sí responden es al interés de unos que desean que el funcionamiento de la sociedad no sea cuestionado, criticado ni transformado. El interés de que los jóvenes universitarios sean pasivos en los salones y fuera de estos o en el mejor de los casos que sean muy buenos para memorizar conceptos. La pregunta es: ¿A cuál nivel hay que responder?



Ilustración: Jaime Andrés Vera.

Otra pregunta principal que nace es la siguiente ¿A qué se debe este comportamiento de los privilegiados estudiantes? Creo que hay un conjunto de

razones que interactúan entre sí para que esto suceda. En cuanto a la formación que se ha tenido en los colegios podría pensarse que no se rompe cuando se llega a la universidad sino que más bien continúa. Hablo de que en la formación de los sujetos en los colegios, la universidad no ha podido romper con esas estructuras. La situación familiar los ha mantenido en un estado de comodidad que, al no tener necesidades profundas, no se esfuerzan por resolverlas, por preguntarse, por cuestionarse por qué suceden y cómo solucionarlas. Y cuando se llega a la universidad, si bien tiene otra lógica, chocan estas lógicas, lo cual se convierte en un obstáculo para la formación en las universidades, además de que se alimenta este comportamiento, de los sujetos del primer orden, gracias a que otros son así, estableciendo una forma de ser y estar en la universidad. Puede que a todo esto se le sume que tienen conflictos con la formación académica, que la critiquen. Puede que piensen que es mucha “paja” la que se habla y poca acción. En cierto sentido tienen razón, es decir, tienen razón para exigir más práctica que teoría o un equilibrio entre ambas. Pero lo cierto es que sin teoría rigurosa lo práctico se convierte en un pragmatismo absurdo y no una praxis, la conjunción entre teoría y práctica. No se trata de reducir la búsqueda de conocimiento a alguno de los dos términos, se trata de una complementariedad rigurosa en los dos sentidos.

El problema del cual no nos damos cuenta es que nosotros, sin quitarle la responsabilidad a la universidad, debemos generar la praxis en nuestro diario vivir. El conocimiento tiene un papel principal: llevarnos a conocer a nosotros mismos. Claramente un principio que formula la filosofía clásica pero que, considero yo, es una propiedad de tener un cerebro como el que tenemos. Teniendo en cuenta las particularidades con que en lo concreto se presenta este “conócete a ti mismo”, es diferente conocerse a sí mismo como comunidad indígena que como seres individuales. Las ciencias sociales y humanas son un conocimiento de lo que somos, son un intento por conocernos. Y si lo que la sociedad en su formación

bachiller, familiar y demás nos ha hecho entes pasivos, es necesario utilizar el conocimiento en nosotros mismos para saber qué somos, y cómo podemos transformar.

El hecho de que otros compañeros no hagan trabajos completos o pierdan materias o no participen mucho en clase no se debe a las mismas razones del comportamiento de las personas del primer orden. Muchos son sujetos activos en movimientos que propenden por la transformación y por tanto tienen muchas actividades en donde poner el conocimiento que adquieren. A ellos no va esta crítica.

Se despide con un caluroso abrazo,
Un hijo del proletariado, un
Hijo de la Colonialidad.